ños decía: *Kyrie eleison*, y todo el pueblo á una voz repetía las mismas palabras.

En el artículo *Letanías* se verán algunas de las circunstancias en que la liturgia primitiva ha colocado esta invocación. Aquí se trata de la misa. La costumbre de recitarla en la misa es de toda la antigüedad (véase Giorgi. *Liturg. Roman. pontif.*, l. III, c. 12 seqq.). Sin embargo, no hay datos conocidos antes de San Silvestre, quien, según Hugo Victorino (l. II, *Offic.*, c. 14), la había introducido hacia el año 320, tomándola de los Griegos, que la empleaban frecuentemente en todas las horas del oficio.

Una opinión vulgar, otras veces muy en boga, atribuía su introducción en la misa únicamente á San Gregorio. Pero esto es irracional, porque es evidente que fué adoptada sesenta años antes de este Papa, ya por la Santa Sede, ya por todas las provincias de Italia y de la Galia. Tenemos como prueba de esto el tercer canon del segundo Concilio de Vaison, celebrado en 529: *Et quia tam in sede apostolica, quam etiam per totas orientales et Italiæ provincias dulcis et nimirum salutaris consuetudo est intromissa, ut Kyrie eleison frequentius cum grandi affectu et compunctione dicatur, placuit etiam nobis, ut in omnibus ecclesiis nostris ista tam sancta consuetudo, et ad matutinum, et ad missas, et ad vesperam, Deo propitio, admittatur.*

Pero en la antigüedad propiamente dicha, no hubo nada concreto en cuanto al número de veces que debía decirse, de tal modo, que el celebrante lo repetía á su placer, tantas como su devoción le inspiraba. Todavía era de este modo en tiempo de San Gregorio y durante los siglos siguientes: cuando el Pontífice celebraba, éste era el que fijaba el número, y los chantres continuaban hasta que él les indicase que terminaran: *Ut ei annuat si vult mutare numerum letaniæ* (*Ord. Rom.*, 1, 9). Hasta el siglo XI no se dispuso que se repitiera nueve veces, comprendido el *Christe eleison*, que se dice tres veces. En el rito ambrosiano se dice tres veces el *Kyrie eleison*; en seguida del *Gloria in excelsis*, después del Evangelio y al final de la misa. En el rito latino esta invocación se repite nueve veces, como hemos dicho: tres por el Padre, tres por Cristo, su Hijo, *Christe eleison*, y tres por el Espíritu Santo. Pero ¿por qué se dirige el *Kyrie* tres veces al Padre y tres veces al Espíritu Santo? Porque estas dos personas solas no tienen más que una naturaleza. Se dice tres veces *Christe eleison* al Hijo, porque, aunque sea de la misma naturaleza que el Padre y el Espíritu Santo, él tiene una segunda, la naturaleza humana, que ha adoptado, y en la cual ha sido *ungido* por su Padre, *unctus*, lo que significa lo mismo que *Christus*. En los autores litúrgicos se encontrarán otras razones explicando la costumbre de repetir nueve veces el *Kyrie* en la misa. Consúltese sobre todo á Durando (*Ration.*, IV, 12), Crispi, arzobispo de Rávena (*Myster. evang. leg.*), Marténe (*De ant. Eccl. rit.*, c. IV), Le Brun (I, 164) y Grancolas (*Las antiguas liturgias*, 464). El *Kyrie eleison* fué también empleado como aclamación en los concilios (véase el artículo *Aclamaciones*).

L.

LÁBARO DE CONSTANTINO. — I. He aquí la descripción que de él hace Eusebio, quien asegura haberlo visto varias veces—*quod et nos aliquoties vidisse meminimus* (*Vit. Constantin.*, l. I, c. 31): «Era una larga asta revestida de oro y provista de una antena transversal á imitación de la cruz. Arriba, en la parte superior de esta misma asta, estaba fija una corona de oro y de piedras preciosas. En el centro de la corona estaba el signo del nombre consolador (de Jesucristo), á saber, un monograma designando este sagrado nombre por sus dos primeras letras reunidas, la P en medio de la X (véase el artículo *Monograma de Cristo*).

»El Emperador tuvo la costumbre de llevar estas mismas letras, desde entonces, en su casco. Además, en la antena del *labarum* que está oblicuamente atravesada por el asta, estaba suspendido una especie de velo ó tejido de púrpura enriquecido de piedras preciosas artísticamente combinadas entre sí y que molestaban la vista con su brillo, y bordados de oro de una belleza indescriptible. Este velo fijado en la antena, era tan ancho como largo, y tenía en su parte superior el busto del Emperador querido de Dios, y el de sus hijos, bordados en oro, ó quizás más bien sus medallas de oro, suspendidas al pie de la bandera. El Emperador usó siempre este saludable estandarte como signo protector del poder divino contra sus enemigos, é hizo llevar en todos sus ejércitos insignias ejecutadas según el mismo modelo.»

Después de esta descripción, es difícil dejar de citar la que el poeta Prudencio ha dado de este mismo estandarte (*Contra Symm.*, I):

> Christus purpureum gemmanti textus in auro
> Signabat labarum. Clypeorum insignia Christus
> Scripserat. Ardebat summis crux addita cristis.

Cualquiera que sea la variedad de los tipos

del monograma, ya en las monedas del mismo Constantino y en las de sus sucesores, ya en los monumentos de diferentes géneros, no nos parece en manera alguna dudoso que el *labarum* llevaba la primera forma, que, con la X oblicua, ☧, es incontestablemente la más antigua. El texto de Eusebio nos parece suficientemente claro en la materia: *Littera* P *in medio sui decussata*. Así aparece en un bello sarcófago del Vaticano (Bottari, tav. XXX) y en una lámpara de la colección de Passeri (Giorgi. *De monogram. Christi*, pág. 10, n. 1).

Respecto á todo lo demás, es raro que los *labara* representados en las varias clases de monumentos, estén perfectamente conformes con la descripción de Eusebio. Así, muchos no tienen la tela, por ejemplo, el sarcófago citado; otros, tales como la lámpara de Passeri, en vez de las imágenes de los emperadores, hacen leer en la tela, ó sobre un cartel que ocupa su sitio, las palabras de la visión de Constantino: **EN TOY ‖ TΩ NIKA**; en otros, por último (véase Garrucci. *Monete di Costant.* — *Vetri*, 105), el monograma está trazado en el velo, en lugar de estar contenido dentro de la corona; y éste es el tipo más común en las medallas. Estas diferencias han podido producirse viviendo aún Constantino, atendiendo á las diversas oficinas de donde salían las insignias; pero ya no podrían prevalecer contra el testimonio de un testigo ocular que ha debido describir el verdadero tipo.

Los sucesores de Constantino sostuvieron religiosamente el uso de este estandarte sagrado; algunas veces se hicieron representar en el reverso de sus monedas, apoyados sobre el *labarum* crismado. Se tienen ejemplos después de Constante I, Vetranion, Magnencio, etcétera (véase Cohen. *Medallas imp.*, t. VI, pl. VII, 112, VIII, 16, IX, 2, X, 6, y nuestro artículo *Numismática*, II.)

Por odio al cristianismo, de que había apostatado, Juliano suprimió el monograma del *labarum*. Baronio (*Ad ann.*, 363, n. 27, 30) afirma que no fué devuelto á su sitio hasta Graciano; pero haremos observar que las monedas de Joviano, sucesor inmediato del Apóstata (Cohen, ibid, XIII, 21), ofrecen el mismo tipo que antes hemos descrito, es decir, el Emperador apoyado sobre el *labarum* adornado del monograma, lo que apenas permite dudar que este signo sagrado hubiera sido ya restablecido por dicho príncipe en los estandartes de su ejército (véase el artículo *Numismática*).

II. El *labarum* de Constantino, el mismo que, desde el día siguiente al de su visión, hizo ejecutar en oro y pedrerias por sus plateros, y que sirvió de modelo á todos los demás, fué conservado, según se dice, como una reliquia. Sócrates supone que en su tiempo, es decir, hacia el año 430 (*Hist. eccl.*, I, 2), se guardaba en el palacio de Constantinopla, y así hemos de creer á Teófanes, citado por Tillemont (*Emperadores*, IV, 12), todavía se veía allí en el siglo IX.

Constantino hacía llevar el *labarum* sagrado donde quiera que veía flaquear sus tropas, y en seguida, dice Eusebio (*Vit. Const.*, II, 7), Dios, recompensando su fe, inclinaba la victoria á su lado, y ponía en fuga á los enemigos.

Elige entre sus guardias 50 de los más fuertes y animosos, y que al mismo tiempo sentían más el temor á Dios, para estar siempre alrededor del estandarte y llevarlo alternativamente (véase el artículo *Stauophori*). Los que lo llevaban, según el relato del mismo historiador (ibíd., c. IX), no fueron nunca heridos en el combate, y refiere que en una peligrosa ocasión, habiéndose asustado el que lo llevaba, y entregándolo á otro para huir, fué en seguida atravesado por un dardo que lo mató, mientras que el otro no recibió ni una ligera contusión, aunque vinieron á clavarse varias flechas en el asta de madera. Eusebio asegura haber sabido estos hechos por boca del mismo Constantino.

Lo que, por lo menos, queda establecido de indudable manera, es la confianza que inspiraba este augusto signo, el valor que daba á los ejércitos cristianos, y el terror que llevaba á las filas enemigas. Esto es lo que se vió, especialmente en la batalla de Andrinópolis, entre Constantino y Licinio: la sola vista del estandarte sagrado helaba de espanto á los soldados de este último, y «por doquiera fué llevada la cruz, la siguió la victoria» (Euseb., ibíd., XII). También se sabe que antes de la batalla de Crisópolis, dada poco después, el mismo Licinio, instruído por una experiencia costosamente comprada, recomendó á sus soldados que desconfiaran de la virtud fatal de la cruz, que lucía en el estandarte de Constantino, mientras que, por el contrario, el Emperador cristiano exhortaba á los suyos con este poderoso signo (idem, ibíd., l. II, c. 12).

Los que llevaban el *labarum* se llamaban *draconarii*, de un nombre continuado después de la sustitución del dragón ó la serpiente, que antes adornaba las banderas romanas, por el monograma de Cristo (véase el artículo *Draconarius*). Teodosio el Joven, en 416, les concedió grandes y numerosos privilegios, cuya enumeración trae Baronio (*An.* 312, 37).

De la palabra *labarum*, que otros escriben *laborum*, se han propuesto etimologías muy diversas, y entre las cuales sería difícil decidirse, porque carecen asimismo de fundamento; por esta razón nos abstenemos de trasladarlas aquí (véase el artículo *Monograma de Cristo*).

LAICO. (ΛΑΪΚΟΣ).—Esta palabra, derivada de λαός, «pueblo», ha sido empleada desde los primeros siglos, por los autores eclesiásticos, para designar todos los fieles que no pertenecían al clero. En la epístola de San Ignacio á los Magnesianos (pág. 55.— Cf. Suicer, *ad* v, Λαϊκός) encontramos estas notables palabras: «Del mismo modo que el Señor no hace nada sin su Padre, así vosotros no debéis hacer nada sin el obispo, seáis sacerdote, diácono ó *laico*.» En los *Cánones apostólicos* se halla con frecuencia esta frase: «Si algún clérigo ó laico,» εἴ τις κληρικός ἢ λαϊκός (can. XIII y *passim*). San Justino, mártir (*Respons. ad quæst. orth.*, XCVII), dice: *Filiam sacerdotis fornicantem igne comburit; viri vero* LAICI *lapidibus enecat*. Justiniano tiene la constitución siguiente (*Ad Epiphan. Constantinop.*): LAICUS *non statim ad episcopatum traducitur*. Teofilacto (*In cap.* IV, *Marci*) enumera así los diversos órdenes de la Iglesia: «Unos son vírgenes y solitarios; otros viven en los monasterios y en las congregaciones; otros, por último, son LAICOS y casados.» Esta distinción entre los láicos y los clérigos, locamente negada por algunos modernos, entre otros por Nicolás Rigault (*Not. in Cyprian. epist.*, II.) Claudio Saumaise y Juan Seldenus (Cf. Bingham., I, 42), se halla igualmente expresada de la manera más clara en una multitud de autores latinos de los tres primeros siglos. Nada más claro que estas palabras de San Clemente Romano: «Al soberano sacerdote se han concedido atribuciones especiales, un lugar propio á los sacerdotes, y á los clérigos inferiores ministerios particulares; el LAICO obedece á preceptos *laicos*.» Tertuliano, censurando la ligereza y la temeridad de los herejes en materia de ordenación (*De præscript.*, XLI), dice: «Hoy sacerdote quien mañana laico, porque también confieren á los laicos las funciones sacerdotales» (véase también ídem, *De fuga in persecut.*, II.—*De bapt.*, XVIII y *passim*). San Cipriano no es menos formal (*Epist.* LV, pág. 244, edit. Oxon, *Epist.* LIX, pág. 265); en este último pasaje hace notar la diferencia de los deberes de los laicos y los de los sacerdotes: *Viderint* LAICI *hoc quomodo curent; sacerdotibus labor major incumbit*. Para más detalles, véase nuestro artículo *ordenes eclesiásticos*.

En los documentos de los primeros siglos se encuentran denominaciones equivalentes, pero que tienden al mismo fin: la diferencia entre los clérigos y los laicos. Así, Βιωτικοί, *sæculares*, de la palabra Βίος, vida, y κοσμικοί, *mundani*, porque los laicos observan una vida secular; pero estos nombres distinguen á los laicos no sólo de los clérigos, sino también de los ascetas, que vivían solitarios y estaban exceptuados de los cuidados y de las ocupaciones del mundo (S. Chrysost. *Homil.* III, *In Lazar.*, *Homil.* XXIII, *In Roman.*). Los fieles extraños á la clericatura eran también llamados ἰδιῶται, *idiotæ*, es decir, hombres particulares. San Pablo, como se sabe, se había servido de esta expresión (1 *Cor.*, XIV, 16), y se traduce ordinariamente por «ignorante», *indoctus*; San Crisóstomo (*Homil.* XXXV, *In* 1 *Cor.*, XIV) quiere, por el contrario, que signifique *laico*: ἰδιώτην δὲ τόν λαϊκόν λέγει; y Teodoreto es del mismo parecer (*In* 1 *Cor.*, XIV): «San Pablo llama *idiotam*, ἰδιωτη, al que pertenece al orden de los laicos.» También puede citarse en el mismo sentido á Orígenes (*Contra Celsum.*, l. VII), y mejor todavía á Sinesio, que opone constantemente la palabra ἰδιώτας á ἱερεῖς, «sagrados». Así, hablando en alguna parte (*Epist.* LXVII) de los clérigos que se habían hecho acreedores á ser privados de su oficio, dice: «Con aquellos, conviene tratar como con simples particulares, ὡς ἄντικρυς ἰδιώτας.»

La diferencia de los laicos y de los clérigos puede, hasta cierto punto, ser establecida según las clasificaciones de los monumentos epigráficos cristianos hechos en Letrán por M. De'Rossi.

LAMPARAS CRISTIANAS.—I. La costumbre de poner lámparas en las sepulturas fué común á todos los pueblos de la antigüedad. Algunos anticuarios han considerado, sin razón alguna, esta práctica entre los cristianos como una imitación del paganismo: los fieles la recibieron de los Judíos (Catalani. *Comment. ad ritual Roman.*, tit. VI, c. 1, 7), y para ellos como para estos últimos, las lámparas eran el símbolo de la luz eterna que la Iglesia pide á favor de los difuntos, y más bien todavía, de la gloria que los santos gozan en el seno de Dios, después de haber brillado durante su vida con las espléndidas luces de la fe (Hieron. *Advers. Vigilant.* y *Vit. Paulæ*): *Ad significandum lumine fidei illustratos sanctos decessisse, et modo in superna patria lumine gloriæ splendere*. Así recordaban la promesa del Salvador (Matth., XIII, 43): *Justi fulgebunt sicut sol in regno Patris eorum*, «los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre»; y se complacían en expresar en sus epitafios, bajo mil formas variadas, las esperanzas que originaba esta promesa, siendo la luz uno de los principales elementos de la felicidad celeste, y esta luz es el mismo Cristo (véase el artículo *Lux*):

LUCE NOVA FRVERIS LVX TIBI CHRISTVS ADEST,

se ha dicho del prefecto Probo (ap. Bottari, I, página 53).

Esto ha dado lugar á la suposición, evidentemente exagerada, de que la mayor parte de las lámparas que, en número casi infinito, enriquecen hoy día los museos de Europa, tuvieron un objeto fúnebre. Es muy cierto que en las catacumbas de Roma, como en las de Nápoles, Corneto, etc., se han encontrado y se encuentran todavía, casi á paso, fijadas en el exterior de los nichos sepulcrales, á veces aun en el interior. El P. Lupi (*Epitaph. Sever.*, pág. 116) publica el dibujo del *loculus* entreabierto de CONSTANCIA, virgen y mártir, delante del cual arde una lámpara sujeta con la argamasa; las lámparas colocadas en tales condiciones son casi siempre de arcilla.

Además de las lámparas propiamente dichas, se han encontrado en una galería del cementerio de Ciriaco, que encierra tumbas de mártires, unas especies de palmatorias de tierra cocida, propias para recibir velas, y puestas, como las lámparas, en nichos (véase Marchi, pág. 111).

Mas, por último, lo que debe decididamente obligar al abandono de la antigua opinión que atribuye á la mayor parte de estas lámparas un objeto fúnebre, es que se descubren todos los días en considerable número, y también fábricas enteras, en diversas localidades de Roma, y especialmente en el monte Aventino, y en las ruinas del palacio de los Césares. Este último hecho se explica, sin remontarnos á los fieles que, desde los tiempos de Nerón, se reclutaban en la casa misma de los señores del mundo, por las residencias pasajeras que hicieron en este palacio varios de los emperadores cristianos, primero Constantino, después Constante, Honorio, Valentiniano III, Petronio Máximo, Severo (éstos son los que mencionan en particular los cronistas y los poetas). También se sabe que más tarde los emperadores bizantinos ocurrían á la conservación de este palacio por medio de funcionarios *ad hoc*, cuyas huellas pueden seguirse hasta el siglo VIII (véase De'Rossi. *Bullet.*, 1.° fasc., 1867).

Debe concluirse de todos estos descubrimientos que, además del servicio funerario, las lámparas cristianas, lo mismo que las profanas, tuvieron otros dos objetos que probablemente también fueron los más vulgares: el uso doméstico y las iluminaciones públicas.

En las habitaciones privadas se ponían sobre consolas ó sobre candelabros de madera ó de metal.

Se sabe que los paganos tenían costumbre de iluminar, ya con motivo de las solemnidades religiosas, ya en los días de regocijos públicos. Los cristianos imitaron esta práctica en su culto desde la aurora de la libertad de la Iglesia. Eusebio refiere especialmente (*Vit. Const.*, IV, 22) que Constantino hacía iluminar con esplendidez la ciudad durante la noche de Pascuas.

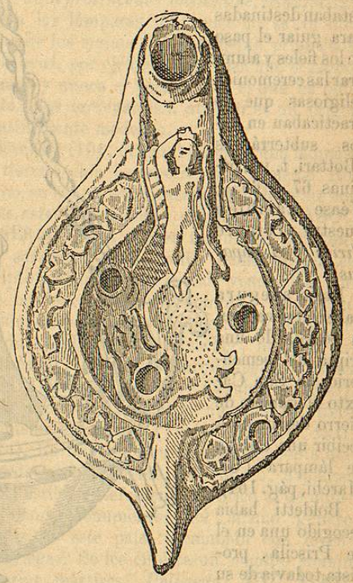
Puede verse en el Boletín de M. De'Rossi (*loc. cit.*) el dibujo de doce de las lámparas más importantes que proceden del reciente hallazgo del monte Palatino.

Este sabio piensa también que varias de estas lámparas, adornadas de símbolos cristianos, sirvieron de regalos bautismales, é incluye en este número la lámpara monumental de Florencia, de que hablamos más adelante.

II. Entre las lámparas cristianas de distinto orígen que las catacumbas romanas, deben citarse las que fueron descubiertas en prodigioso número por Melchior Fossati en un hipogeo etrusco; una de ellas representaba la Transfiguración (Raoul-Rochette. *Meim. de l'Acad. des insc.*, t. XIII, pág. 762, nota), asunto extremadamente raro en los monumentos primitivos del cristianismo, siendo aquí la atribución algo dudosa. Unos sarcófagos cristianos, encontrados en 1834 en la necrópolis etrusca de Vulci, estaban coronados por lámparas de barro, y las inscripciones terminaban con estas fórmulas: PAX CVM SANTIS (*sic*) ó CVM ANGELIS (ídem, pág. 763).

El Egipto ha facilitado también un número considerable; se encuentran hoy diseminadas en varios museos de capitales; el de Turín posee mayor número que ningún otro. Hemos visto varias procedentes de Milo: están casi todas adornadas de la cruz. La ciudad de Cherchell, en Africa, la antigua Cesárea, ha dado muchas, así como algunas otras localidades de la Argelia.

Por último, abundan en donde quiera que hay sepulturas cristianas, en nuestra Galia, en Lión sobre todo, en Viena, Arlés, etc. He aquí una, en el ciclo de Jonás, que ha sido encontrada en Semur, en Auxois. Hemos dado su explicación en una carta á M. Edmundo Le Blant (Belley, 1872). Estamos, al parecer, autorizados para creer que un uso que hallamos



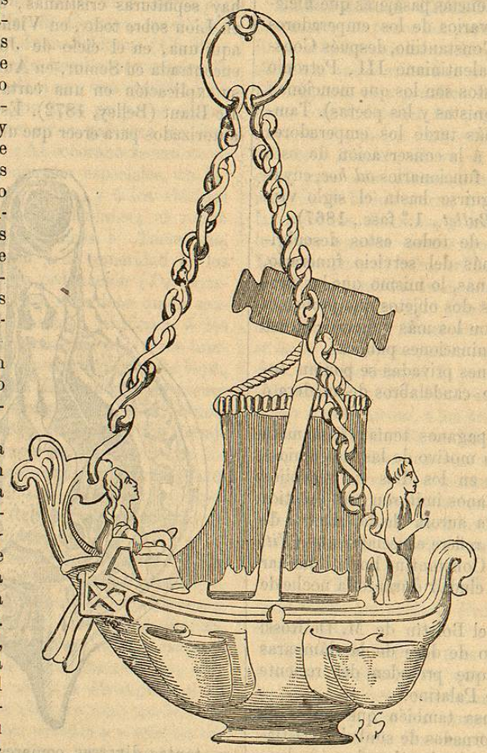
en tantas diversas comarcas, fué universalmente adoptado por la Iglesia.

III. Las lámparas cristianas son, en su

mayor parte, de tierra cocida, algunas de bronce, pocas de plata. Boldetti ha publicado una del cementerio de San Calixto (*Cimit.*, página 297, tav. I, 6), sin adornos, pero preciosa por la materia; es de ámbar: probablemente es única. Debemos hacer especial mención de un monumento de excepcional elegancia: es una lámpara que se encontró con gran número de objetos preciosos en la tumba de la princesa María, mujer de Stilicon é hija del emperador Honorio. Es de oro y cristal, en forma de concha, con una mosca de oro que sirve de tapadera al orificio destinado para introducir el aceite: el todo acabado con exquisito gusto.

Las lámparas de bronce tienen generalmente los caracteres de una época menos antigua que las de arcilla. Se han encontrado muy pocas en los hipogeos romanos; pero están, por lo general, provistas de cadenas de metal que han servido para suspenderlas de las bóvedas de las capillas y de las criptas; se dice que algunas han sido encontradas todavía en su sitio, y es evidente que estaban destinadas para guiar el paso de los fieles y alumbrar las ceremonias religiosas que se practicaban en estos subterráneos (Bottari, t. III, páginas 67 y 69.— Véase también nuestro artículo *Cirios* y *Lámparas*).

Bosio asegura haber observado en la bóveda de una cripta del cementerio de San Calixto el gancho de hierro destinado á recibir una cadena de lámpara (Cf. Marchi, pág. 161), y Boldetti había recogido una en el de Priscila, provista todavía de su cadena. Se ven muchas lámparas de esta especie en las diversas colecciones, y en particular en la de Sante Bartoli (*Le antiche lucerne sepolcrali*, tav. XIV, XXV, XXX, etc.); la mayor parte están reproducidas por M. Perret, que agrega todavía otras (*Catacombes*, vol. IV, pl. V). Pero ninguna es tan notable como la que se conserva en el gabinete del Gran Duque de Toscana. Esta lámpara de bronce recogida en el siglo último en las excavaciones del monte Celio, tiene la figura de una barca grande de la más graciosa forma, símbolo bien conocido de la Iglesia (véase el artículo *Iglesia*); un personaje, en el que se ha creído reconocer á San Pedro, sentado en la popa, tiene en la mano el timón, y en la proa, otro personaje, de pie, extiende y levanta las manos en actitud de orar ó de predicar; esta leyenda, de la cual una parte había permanecido hasta aquí sin explicación, se halla escrita en la parte superior de la antena: DOMINUS LEGEM ‖ DAT VALERIO SEVERO ‖ EVTROPI VIVAS. M. De'Rossi considera este monumento como un objeto que sirvió para regalo bautismal, y apoya con su opinión las razones más admisibles, que nosotros hemos resumido en nuestro artículo *Aguinaldos*, III, y al cual remitimos al lector. Debemos decir que algunas de las lámparas de bronce que existen en los museos son muy sospechosas para los hombres competentes, que no se hallan lejos de considerarlas como obra de falsificadores.

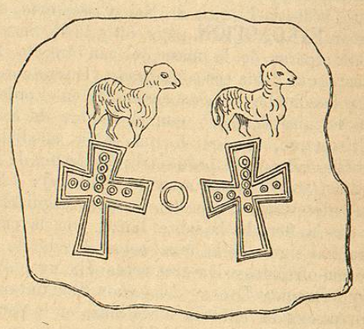


Las lámparas de arcilla no estuvieron todas destinadas al uso funerario que hemos dicho más arriba; cierto número de las de las catacumbas estaban colocadas, ya en pequeños nichos, ya sobre consolas salientes á lo largo de las paredes de los corredores, cuya obscuridad modificaban en favor de los fieles que concurrían á estas criptas sagradas.

IV. Las lámparas antiguas tienen generalmente la forma de una barquilla, *navicella*, objeto que, como hemos dicho más arriba, era uno de los emblemas más populares de la primitiva Iglesia (véase el artículo *Navío*). Entre las de las catacumbas (por lo menos las lámparas de arcilla), el menor número es el que ofrece emblemas expresivos. Las otras se hallan desprovistas de todo tipo, ó si los tienen, son muy insignificantes; y si conservan, en razón de su origen y del uso á que fueron destinadas, un interés piadoso, no tienen ninguno bajo el punto de vista de la ciencia y del arte. Las que no se hallan dentro de esta categoría común llevan símbolos análogos á los que figuran en las piedras sepulcrales y en los sarcófagos, siendo los principales: la palma, la corona, el cordero, el pez, la paloma, el monograma de Cristo, A y ω. Las del siglo VI y posteriores están con frecuencia adornadas de cruces gemadas ó de monogramas (*Antichita di ercolano*, .t IX, tav. XLVI, n. 1). También se ve en ellas algunas veces al Buen Pastor (Bartoli. *Op. laud.*, III, n. 28); una de ellas presenta este tipo, tan querido de los primeros cristianos, rodeado de gran número de otras figuras simbólicas (ibíd., n. 25). En otras partes (n. 30), es Jonás colocado debajo de la calabaza (véase para este tipo el grabado anterior, II), ó las cabezas de los doce Apóstoles dispuestas en círculo alrededor del disco (*Museum Corton.*, tab. LXXXIV); una sola vez, á nuestro entender por lo menos, ofrecen la figura del gallo (Perret, IV, p. XVII, n. 1).

Las lámparas cristianas de nuestra Galia difieren poco de las de Italia; únicamente, como son menos numerosas, se encuentran en ellas más rara vez los tipos más importantes. Los que se observan con mayor frecuencia son la cruz, el monograma de Cristo y la paloma. Una de las de Lión lleva el tipo bastante raro, y, por decirlo así, bastante equívoco, de la liebre (véase nuestro artículo *Liebre*). Poseemos esta lámpara, que procede del gabinete del difunto abate Greppo; es de arcilla roja. También conservamos otra de la misma procedencia que está adornada con un asunto más interesante todavía y de una significación más precisa: es la paloma puesta en el borde de un vaso (véase este pequeño monumento y su explicación en el artículo *Vaso*).

En otras apartadas regiones se encuentran lámparas que tienen un carácter particular y á las cuales se une un gran interés. Así nos ha venido de Egipto un número bastante considerable de estos pequeños monumentos con tipos completamente nuevos y muy variados, las más veces con inscripciones griegas. Las del Africa francesa, que son numerosísimas, se hacen notar por un estilo más relacionado con el de las lámparas europeas, pero quizás más variado por los tipos; los ofrecen muy raros, y sobre todo con combinaciones hasta aquí desconocidas. Así, el museo de Argel se enriqueció en 1858 (véase el *Moniteur* del 5 de Julio de este año) con una de estas lámparas cristianas, de forma muy graciosa y de arcilla roja. Tiene por tipo un pez que ocupa el centro del disco y está rodeado de un círculo formado por seis delfines. Münter cita una de la misma procedencia (pág. 112) que está adornada con un ciervo, y otra del candelero mosáico (para la interpretación de este tipo véase el artículo *Candelabro de los Judíos*). He aquí un fragmento de tierra cocida que no es más que el



disco de una lámpara africana representando dos corderos sobre dos cruces gemadas, graciosa composición que simboliza el Cordero de Dios sacrificado en la cruz por la salvación de los hombres (véase *Annuaire de la Société archéologique de la province de Constantine*, 1862, pl. IX).

En las lámparas de bronce no se ve ninguno de los signos completamente primitivos: es la cruz, por ejemplo, más bien que el monograma, y nunca el pez; esto es lo que ha obligado á los anticuarios á atribuírles un origen relativamente moderno.

Brunati (101, CCXXIV) describe una lámpara de tierra cocida perteneciente al Colegio Romano, en la que están trazadas simplemente con tinta estas dos palabras griegas: Ο.ΑΓΑΘΟϹ. ϹΑΚΕΡΔΟϹ, que pueden traducirse por *sanctus sacerdos*. Este Santo debió de ser en Egipto objeto de una grande veneración, porque nos encontramos su nombre y su imagen en una catacumba de Alejandría, cuya explicación, dada por M. Wescher, ha sido insertada en el *Boletín de arqueología cristiana* de M. De'Rossi (Agosto y Octubre de 1865). D'Agincourt ha publicado una que no ofrece la misma obscuridad (*Terres cuites*, pl. XXII, n. 14). Es también una lámpara de arcilla que procede probablemente del Egipto, á juzgar por el estilo, enteramente idéntico al de algunos otros monumentos del mismo género traídos de este país, y también con leyendas griegas. Se lee en ésta un nombre común á varios mártires, *Polieucto*: ΤΟΥ ΑΓΙΟΥ ΡΟΛΥΟϹΤΟϹ. En su Boletín de 1866 (página 72), M. De'Rossi se ha adherido á nuestra opinión sobre este monumento.